

Y en los últimos años, Manzur crea síntesis

Ciudades oxidadas

“Las ciudades oxidadas” es como intitula David Manzur la etapa de su obra en la que está trabajando desde el año 2004.

Según el artista, esta nueva fisonomía de su obra, la de mayor expresionismo, es la que mejor refleja su trasfondo existencial y con la que más se identifica.

Barcos oxidados en ciudades desiertas y abandonadas; potros briosos, bestiales, que se convierten en máquinas y se funden con figuras humanas sin rasgos definidos... son los objetos centrales del nuevo canto manzuriano.

En los últimos años, su inspiración al respecto se ha enriquecido con sus viajes a lugares como la India y la Antártida, donde dice haber encontrado verdaderas “ciudades oxidadas”.

- Se nota que en su obra actual se están fusionando los diversos experimentos de todas tus etapas...

“Esas son cosas que uno no se propone, pero ocurren. En la vida actual de un artista, ya no se puede hablar de estilo, como una receta o una fórmula o un sistema que marque la firma de uno.

El bombardeo de sensaciones, de imágenes, de estados de ánimo... el trasfondo, que es el que motiva todo, invita a probar de todo, y empieza uno, por exceso de ver, analizar y probar, a saber qué es bueno y qué es un engaño, porque toda esta libertad mezcla a los buenos con los malos, a los auténticos con los engañadores”.

- Usted siempre ha considerado que la Tierra es la máxima maestra. Eso se nota ahora mucho más, con “Las ciudades oxidadas”...

“En esto de ‘Las ciudades oxidadas’ he estado muy consciente en relación con un aspecto que ya nos está preocupando a todos, que es el deterioro ambiental.

A mí me impresionó mucho



Caballo sobre fondo rojo nos revela al autor que hace recorridos por el mundo de ciudades oxidadas, su nueva época.

el viaje a la India, porque allá están las “Ciudades oxidadas”, pero se me olvidó que aquí están también, tugurios tenebrosos que, en cierta manera, también son culturales, casas tan tenebrosas como las de la India”.

- En estas nuevas producciones, usted está dejando ver un mundo muy suyo, nuevo para el espectador, que emerge como expresión de su memoria...

“Indudablemente, los recuerdos están alterados por la pasión y la verraquera de la expresión, que se niega a remedar la realidad. Estamos en un momento de transición y yo no debería hablar en palabras, sino que debería estar mostrando ya los nuevos cuadros.

Yo no quisiera hacer demagogia o predicar en el sentido de que voy a ser un testigo de la destrucción del mundo, porque de eso

estamos ya cansados y me parece hasta oportunista. No, es una especie de magia, de visión que me complace, por la belleza de la destrucción misma. El óxido, la decadencia del color...”

- ¿Con las “Ciudades oxidadas”, pretende hacer una queja por lo percedero de todo cuanto nos rodea?

“Eso es algo que más le pertenece al espectador, que a mí. Tú, por ejemplo, que ves tanto mi obra, acabas de decir eso, y eso me parece interesante, pero yo no busco eso. En estas ‘Ciudades oxidadas’, por ejemplo, si alguien hace una reflexión, puede decir: ‘Este tipo está intuyendo lo que va a ser el mundo dentro de muy poco’ ¡El mundo se está oxidando!”

- Desde hace varios años, usted está pintando individuos carentes de miembros, incompletos, mutilados. ¿Por qué?

caballo volviéndose máquina. El caballo con una parte formal y con otra que de pronto se descompone, con una absoluta antiarmonía, en una casi monstruosidad. Pero eso no se puede hacer por imposición, la misma obra le dice a uno si va bien o mal. La obra misma le dice a uno: ‘Déjalo ahí’. Uno tiene que obedecerle a la obra, como si alguien me la dictara. Esas son cosas muy difíciles de explicar”.

- ¿Siente que después de trasegar por el Constructivismo, Abstraccionismo, Geometría, Hiperrealismo, ahora en su particular figurativismo de “Las ciudades oxidadas” ha podido resolver los problemas que le quedaron pendientes en los otros estilos?

“Yo no soy muy comprometido con hablar de Figurativismo, Realismo, Hiperrealismo, Naturalismo, Academicismo, Formalismo... Son formas como que amarran mucho al artista. Ahora, se les ha dado a los pintores que son realistas, por decir que son hiperrealistas o que son naturalistas.

Uno está en el filo de un precipicio, y, con el menor paso, se va al abismo. Y si logra pasar al otro lado, ha logrado algo, así rompa todos los cánones que haya que romper.

Yo estoy enfrascado en una cosa en la que se mezclan recuerdos, imágenes, luces, sensaciones... pero sin estar sometido a nada.

Como te he dicho ya, cuando hice el último San Sebastián, lo llamé el punto cero, porque ahí llegué yo a plantar para mí mismo el concepto de la proporción y de la escala, cosas muy cercanas a lo formal, y como ya las logré, a partir de ahí, rompo los cánones y cuando pinto un caballo o alguna forma que se pueda narrar o reconocer ya no hay compromiso con terminar como en la naturaleza o el formalismo, sin perder cierto contexto de la proporción natural”.

“Porque rostros y complementos narran lo que ya está narrado. Si tú le tapas o le cortas la cabeza, queda esa incógnita de querer saber por qué. La sola pregunta ya justifica el cuadro”.

- ¿De dónde ese binomio indisoluble en su obra, de hombre y caballo y cómo ha cambiado la representación que hace permanentemente de ese animal en “Las ciudades oxidadas”?

“Yo no hago centauros, sino hombres montados a caballo, como ‘San Jorge y el dragón’. También tengo caballos que no llevan caballero, pero siempre se supone que alguien va montado. Además, desde el punto de vista plástico, es un complemento, la continuación de una anatomía en otra y el movimiento de esa anatomía. Pero ahora me importa más la máquina de caballo, las máquinas descompuestas y oxidadas, el